



Burke (fragmento de caricatura por Gillray)

EPÍLOGO

Evidentemente, es una indebida simplificación pegar a Burke la etiqueta, tan extremista, de “reaccionario”. E inclusive si suavizamos el término hacia el de “conservador”, debemos admitir que su forma especial de conservadurismo tiene una amplia plataforma común con el actual neoliberalismo.

Como dije en otra parte:¹²⁹ cada ciclista sabe que la estabilidad depende de la transmisión perpetua de una gran cantidad, perpetua, de microajustes desde el timón; si se inmovilizara el timón de la bicicleta, el ciclista se encontraría pronto tirado por tierra...

Para Burke, cambio e innovación son condiciones de un saludable *statu quo*.

Además, hasta sus últimos años de inconformidad con la tibieza de muchos de sus antiguos partidarios respecto de la Revolución Francesa, Burke ha sido fundamentalmente un whig —es decir, pertenecía (y en un nivel influyente) al partido del progreso, y no al partido de los tories, general-

¹²⁹ Véase, arriba, la nota 99 (capítulo V).

mente inclinado hacia la perpetuación de los privilegios de los de arriba.

Lo que separa a Burke del nuevo liberalismo es el hecho de que encontremos en él a un elocuente defensor de la idea que toda sociedad sana necesite una verdadera élite, además de tradiciones vivas, entre las cuales cuenta la religión. Esta defensa está conectada con la convicción de Burke de que las ideas tradicionales que la élite nacional lleva en la masa de la sangre, son las que en realidad hacen la vida social posible. No deben ser inmutables, pero su cambio debe ser gradual, y si ciertos intelectuales comienza a atacar las tradiciones a la luz de la fría razón, presentado esquemas de espíritu geométrico para crear con regla y compás, y mediante cambios repentinos, la felicidad de los demás, tales “utopías” siempre arriesgan destrozar valores, sin crear otros valores sustitutivos.

Esta actitud recuerda las melancólicas observaciones de Edward Gibson, en su bella *Autobiografía*, sobre todas las desgracias que, a través de la desquiciante Revolución Francesa, habían afectado la sufrida humanidad, víctima de insensatos idealismos, y su proyecto de escribir una discusión en el limbo entre los diversos pensadores “racionales” que con la mejor intención del mundo habían preparado la Revolución Francesa, y que ahora estuvieron contemplando la avalancha de desgracias que sus ideas humanitarias habían provocado.

Nadie le pude negar al “conservador” Burke su amor a ciertos aspectos del peligroso concepto de “la libertad”. Ha pugnado por la libertad de Irlanda, de los colonos americanos y de las masas de la India —pero también es evidente en sus escritos su profunda desconfianza de los “derechos intocables del hombre”, y, sobre todo, del concepto de la igualdad: consideraba esencial para una vida social aceptable, el liderazgo de parte de personas que por tradición de familia estuvieron acostumbrados a disciplinarse y a exigir discipli-

na, y a pensar en términos del destino colectivo, y no de la ventaja personal o de su grupo. Sólo así opina que los de abajo pueden encontrar una existencia que valga la pena de vivir; y en opinión de él sería peligroso tratar de usar un sistema de sufragio amplio para llevar a tales personas —por sufridos o bien intencionados que fueran— hacia el nivel de los puestos relevantes de la política nacional. Aquí encontramos a Burke cerca del Despotismo Ilustrado, con su *desideratum* de “todo en beneficio del pueblo; nada por medio del pueblo”.

La actitud negativa de Burke hacia la Revolución Francesa en cierto sentido implica un mérito especial, que precisamente para nosotros puede tener gran importancia, ya que el racionalismo del siglo XVIII y los tardíos ecos del radical liberalismo político-económico que surgió con los triunfos de la burguesía de la primera mitad del siglo pasado, han cegado a muchos miembros de mi generación respecto de algunos aspectos sociosicológicos, quizás “irracionales”, de la sociedad humana, que, de todos modos, tienen su importancia para la paz individual y el nivel de la felicidad social.

Me refiero a elementos de la vida social como son una subyacente intuición de jerarquía, algo de respeto a lo históricamente crecido, el reconocimiento (espontáneo, no formalmente definido) de la existencia de “élites”, un discreto paternalismo hacia los marginados, y un anhelo general de decencia en la vida social —eventualmente, si debe ser, una decencia anclada en intuiciones sobrenaturales que se escapan a la comprobación científica. No sólo una eficaz economía, producto del *homo economicus*, sino también estos mencionados factores y valores son elementos de una sana sociedad humana, y muchos autores politólogos, liberales, de un reciente pasado, pueden parecernos un poco mecánicos y fríos a través de los modelos que nos han presentado para una sociedad “liberal”, y relativamente insensibles al valor positivo de las élites y de la continuidad histórica, de manera que la lectura compensatoria de Burke puede refor-

zar en nosotros la noción de ciertos valores que el liberalismo tradicional a menudo ha considerado como un poco *démodés*, pero respecto de los cuales el neoliberalismo toma una actitud más positiva.

Todavía —o de nuevo— Burke tiene algo que contribuir a nuestra sensibilidad política, ayudándonos a encontrar el camino hacia un “liberalismo de corazón generoso”, no tan individualista y mecánico como los modelos del liberalismo que han sido criticados, con justificación parcial, por la antigua “izquierda”.

En el neoliberalismo se han incorporado algunos elementos de la solidaridad humana, de sensibilidad por la historia, de una responsabilidad de la humanidad presente para con la futura, y de la importancia que tiene un ambiente de cultura y creatividad para nuestro nivel de felicidad, y éstas intuiciones dan un espíritu llamativamente humanitario a la nueva corriente. Si antes de la Perestroika muchas personas se sintieron atraídas hacia diversas corrientes socialistas, a menudo era por su intuición de poder encontrar allí algo de calor humano que les faltaba en el liberalismo de antiguo estilo. Y Burke, llamando nuestra atención sobre la importancia que para la felicidad social e individual pueden tener los *unbought graces of life*, aquellos *imponderabilia* contenidos en las tradiciones nacionales y los valores culturales, a menudo toca cuerdas de nuestra alma que ahora también vibran con varios elementos del neoliberalismo.

Es especialmente en relación con el problema de la ecología que vemos tan claramente cómo el pensamiento actual se abre para la visión de Burke sobre temas como “la nación” y “las élites”; el antiguo liberalismo, un poco mecánico, sin mucho corazón, hizo depender las decisiones sociales de movimientos del mercado, generados con base en reacciones individuales ante expectativas de ventajas a corto plazo. En cambio, el impacto de los ecólogos en el pensamiento neoliberal nos obliga a frenar una explotación de la naturaleza que

quizás proporcione ventajas a corto plazo, pero acumula graves problemas futuros. En el fondo de este cambio podemos sentir la idea burkiana de que una nación es una sociedad entre el pasado, el presente y el futuro —los muertos, los vivos y los que nacerán todavía— lo cual implica que debemos tomar muy en cuenta el interés de futuras generaciones, y para alcanzar este resultado, el centro de gravitación en el juego decisonal no puede depender de los ciegos apetitos de grandes masas —ricas o pobres— sino que las élites responsables deberán hacer un esfuerzo para equilibrar los intereses de hoy con los de mañana. Pero a la luz de los mecanismos democráticos de la actualidad, debe tratarse de élites de cuya preparación y ecuanimidad las grandes masas no puedan dudar, y que dispongan de los medios de persuasión necesarios para hacer aceptar los sacrificios, equitativamente distribuidos, que la nueva problemática ecológica exigirá a todos.

En resumen: encontramos en Burke una persona con una intensa vida interior, que vive en la transición del siglo de la razón hacia la época romántica y que percibe intensamente el impacto de ambos, pero cuyo realismo le impidió seguir cualquiera de estas dos tendencias hacia sus extremos: su racionalismo nunca llegó al extremo del deísmo o del ateísmo, o de fórmulas abstractas que tanto daño han hecho a la realidad política; y su romanticismo, tan vivo en su obra inicial —sobre la estética— nunca hubiera llegado al extremo de Hegel o de Nietzsche, o de los políticos y politólogos que se han nutrido, directa o indirectamente, de ellos: Burke logró tener buenas relaciones diplomáticas con Apolón y con Dionisio, mediante una política prudente y realista de equidistancia.

Este realismo, que por una parte produjo en Burke una actitud moderada, de tolerancia,¹³⁰ por otra parte, lo hace ver

¹³⁰ Sólo abandona esta actitud cuando se trata de intereses humanos de evidente importancia, como el sufrimiento de las masas marginadas de la India,

con claridad ciertas realidades sociales, como son la importancia de las tradiciones y de las élites, realidades para las cuales los teóricos de nuestra propia época tienen generalmente una actitud bastante negativa, un poco condicionada al estilo pavloviano (uno generalmente baja un poco la voz, como en señal de mala conciencia, cuando uno pronuncia la sospechosa palabrita de “élite”).

Así, aparte del placer que sus páginas ofrecen a toda persona con sensibilidad por la historia, y del gusto estético que su inglés y su imaginación ofrecen también politológicamente, Burke todavía tiene mucho que ofrecer al académico de nuestra época, generalmente más desorientado de lo que quiere confesar, entre varios valores “eternos” que se derrumban y otros que tratan de surgir, a menudo con pretensiones desproporcionadas y arrogantes.

Repito: uno no siempre está de acuerdo con las ideas de Burke, pero inclusive un rápido contacto con sus escritos convencerá al lector de estar en presencia de un espíritu noble y generoso, que, aunque ajeno a muchos de los problemas nuevos que reclaman nuestra atención, completa la literatura politológica de las últimas décadas con aspectos positivos algo descuidados, que conviene examinar con honradez, a la luz de la sensibilidad relativamente nueva que los acontecimientos de estos años han creado en muchos de nosotros.

Esta impresión positiva que me produjeron los escritos de Burke recibe un aval de parte de un ponderado observador de la política, como era Lord Acton,¹³¹ cuando dice que

o el acercamiento de una fase de represión violenta (la fase de “terror” en Francia): entonces de pronto vemos al Burke apasionado y violento.

¹³¹ El primer barón Acton (1834-1902) fue un fino historiador-político, más bien whig, católico pero desconfiado de la autocracia papal, era íntimo amigo de Gladstone (el *Grand Old Man* de la política británica, un tory bajo sus propias condiciones). Acton era especialista de la Revolución Francesa. Él y Gladstone son ejemplos de cómo el alto nivel de cultura clásica, tan notable entre los políticos ingleses del siglo XVIII, persistía durante el siglo pasado.

“Burke en sus mejores momentos es Inglaterra en sus mejores momentos”, o de parte de H. Laski,¹³² cuando afirma que Burke no tiene rival en el amplio campo intermedio entre los hechos y la especulación, o sea en la rica zona intermedia entre la práctica y la teoría de la política.¹³³

Pero más prestigio aún tiene para mí una famosa frase de uno de los espíritus del siglo XVIII que más admiro, Samuel Johnson, aquel *monstre sacré*, monumento de espíritu y de erudición, cuando afirma que, si alguien, abrigándose de la lluvia bajo algún techito, durante sólo unos minutos se pusiera a platicar con un desconocido, que fuera Burke, luego saldría de allí con la convicción de que su camino se había cruzado con el del “primer hombre de Inglaterra”.

Esta observación, tan sabrosamente johnsoniana, es todavía más impresionante cuando sabemos que Samuel Johnson era un adversario político de Burke.¹³⁴

¹³² Harold Joseph Laski (1893-1950) era un político-intelectual de la izquierda británica, prolífero autor académico de alto nivel.

¹³³ Introducción por Vicente Herrero a *Edmundo Burke, Textos políticos*, México, FCE, 1942, reimpresión 1984.

¹³⁴ Sobre todo, pero no únicamente, respecto de la crisis con las colonias norteamericanas, Burke y Johnson se encontraban en posiciones opuestas. Johnson consideraba que los colonos norteamericanos eran fundamentalmente carne de presidio, que en vez de protestar contra impuestos que Inglaterra exigiera, deberían reconocer con agradecimiento cualquier medida ordenada por Londres, que fuera más benigna que la horca que merecerían...